

las ambiciones humanas, abraza la pobreza, se hace misionero y acaba por ser S. Francisco Javier. Sigamos también nosotros, hermanos míos, los inspiraciones de la fé; ella nos enseñará á cumplir fielmente nuestros deberes para con Dios, para con nuestro prójimo y nos hará obrar así nuestra santificación.

PERORACION. — En fin, S. Pablo añade que los santos por su Fé, mas lo repito, por una fé viva y acompañada de las obras, han alcanzado las recompensas prometidas. Cuáles son estas recompensas prometidas á la Fé?... Ya las conoceis, hermanos carísimos, son las delicias del Paraíso, la felicidad eterna, que es la herencia de los santos. Dos cosas son necesarias para obtenerla: la fé y las obras... Sin la fé nuestras acciones, aun las mejores, son inútiles para el cielo.

Oigo hablar de los antiguos sabios del paganismo; ¿están ellos en el cielo? De ninguna manera; sus virtudes, como no tenían la fé por principio, no pudieron merecer tal recompensa... Lo mismo podemos decir de ciertas buenas obras que hacen á veces por ostentacion aquellos que no tienen fé. Estas buenas obras son como la moneda de falsa liga, á la que falta la efigie del príncipe; ella no tiene valor ante Dios. Mas tampoco la fé sin las obras podría salvarnos. Judas creía, una gran muchedumbre de condenados tuvo la Fé; pero, como ellos no practicaron las obras que manda la Fé, les ha sido inútil el ser bautizados y creer todas las verdades de nuestra santa religion... No seamos, hermanos carísimos, de ese número, creamos firmemente todas las verdades enseñadas por la Iglesia. Pero también, á ejemplo de los santos, trabajemos, para que nuestra conducta esté conforme con nuestra fé, observemos todos los deberes que la misma nos impone, practiquemos todas las virtudes que ella nos prescribe, y de esta manera obtendremos infaliblemente algun día las recompensas prometidas... Así sea.

QUINTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

TERCERA INSTRUCCION.

CREER DE CORAZON Y CONFESAR DE BOCA : ACTOS A QUE NOS OBLIGA LA FÉ.

TEXTO. — *Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Es necesario creer de corazon para obtener la justicia, y confesar de boca para salvarse.

(Carta a los Romanos c. x, v. 10.)

EXORDIO. — Hermanos míos, si, al comenzar esta segunda instruccion sobre la primera de las virtudes teologales, os hiciera esta pregunta: ¿Qué es la Fé? Vosotros sin duda no so hallaríais embarazados para responderme. « La Fé diríais es un don de Dios y una virtud sobrenatural, por la que creemos en Dios y en todo cuanto El ha revelado á su Iglesia. » Bien; pero si yo os preguntase: ¿Cómo la Fé es un *don de Dios*? ¿Cuando nos ha dotado El de esta virtud?... Vosotros quizá no estaríais tan seguros, al darme la respuesta... Pues bien, escuchad. La Fé se llama *un don de Dios*, porque El nos la dispensa gratuitamente, sin ningun mérito de parte nuestra; es una luz espiritual que nos hace conocer la veracidad de Dios y nos induce á prestar una adhesion plena y entera á las verdades que nos son enseñadas por lo santa Iglesia católica...

¿En qué momento se nos comunica esta luz? En el momento mismo de nuestro Bautismo... ¿Qué os admira esto?... Pues espero que una comparacion os lo hará comprender... El grano de trigo, cuando no está gastado, ni desmirriado, encierra en sí el gérmen y las raices de la planta que debe producir... Echadlo en la tierra, y parece que duerme durante el invierno; pero llega la prima-

vera y lo veréis desarrollarse en verdes hojas y sacar un tallo. Y si el terreno no le es adverso y la estacion le es favorable, de este tallo saldrá una espiga que os dará el céntuplo en granos. Estos granos, pues, estas hojas, este tallo estaban contenidos de una manera invisible en la simiente arrojada al surco...

Así tambien, hermanos carisimos, el alma del niño, al salir de las fuentes sagradas, encierra en si misma el gérmen, el principio de la Fé y de muchas otras virtudes; este gérmen crece poco durante los primeros años; pero al momento en que se desarrolla la razon, ¡cuán fácil se hace la Fé á la jóven inteligencia!... ¡Qué bella, pura y creyente es esta alma el día de la primera comunión! ¡Ojalá que en los años que seguirán, ni las malas pasiones, ni las compañías perversas ahogasen esta fé, ni impidiesen producir los frutos que de la misma esperamos!.. Ahora, decidme, hermanos míos; ¿es culpa del labrador, si despues viene el granizo á destrozarse las espigas en yerba, ó si un terreno demasiado estéril no permite al grano llegar á madurez?... Será, pues, tambien falta de Dios, si las pasiones y la indiferencia nos han hecho perder esta fé que habíamos recibido en el Bautismo?...

PROPOSICION. — Despues de haber probado en la precedente instruccion la necesidad é importancia de la Fé, me propongo demostraros hoy como podemos conservar esta virtud y cuales son las obligaciones que ella nos impone.

DIVISION. — Para conservar la fé y para que sea ella meritoria, es necesario, *primero*, creer de corazon y afirmar su fé por palabras y actos; *segundo*, es necesaria confesarla delante de Dios y de los hombres.

Primera parte. — S. Pablo resume en una sola frase las obligaciones que nos impone la fé. — « Es necesario, dice él, creer desde el fondo del corazon, para ser justo, y proclamar exteriormente su fé por medio de palabras y acciones para salvarse. ¹ » Es decir que la fé interior, el asenso completo de nuestro espíritu, de nuestra inteligencia á las verdades que la misma fé enseña,

1. Roman. x, v. 10.

es absolutamente necesario, para que seamos justos y gratos á Dios. Por otra parte la manifestacion de nuestras creencias, sea en las palabras, sea en la conducta, es igualmente indispensable, para conservar y aumentar en nosotros esta justicia interior y hacernos alcanzar la vida eterna.

Mas, o Apóstol santo, ¡ nos parece que sois muy exigente! Vos pedís dos cosas; ¿ no podría bastar una sola?... Veámoslo... « Yo creo, os dirá algun cristiano, todo lo que la Iglesia enseña; sin embargo el respeto humano, el temor de las mofas, el descuido, mis ocupaciones me impiden manifestar esta fé que vive en el fondo de mi corazon... Si me sonrío, cuando los impíos se chancean sobre algunas verdades, si hasta algunas veces tomo parte en sus discursos contra nuestra santa religion; esto no significa, que yo apruebe sus impiedades. No, Dios vé muy bien en el fondo de mi conciencia que creo todo lo que creía, cuando hice mi primera comunión. ¿ No basta, pues, eso? » No, mi querido hermano, eso no basta, es menester la manifestacion exterior de vuestra fé... Mas aquellos que, sin conviccion interior, ostentan en sus actos exteriores una fé que no está en sus corazones; esas mozas que cumplen el precepto Pascual solo por bien parecer, esos criados que solo practican la religion para hacerse estimar de sus amos y tantos otros, jueces, magistrados, maestros y funcionarios de toda clase, que sería largo especificar, ¿ tienen todos esos una fé suficiente?... ¿ No, ciertamente, carisimos hermanos, si su inteligencia no está íntimamente convencida, esos son hipócritas en tal caso, he ahí la verdad... Dos cosas, repito con S. Pablo, son absolutamente indispensables; creer de corazon y manifestar su fé por palabras ú otros signos exteriores.

Leemos en la historia de la Iglesia, que el Papa S. Marcelino, habiendo sido forzado por el emperador Diocleciano á hacer un acto que podía escandalizar á los fieles y favorecer la idolatría, supo repararlo pronto y gloriosamente ¹. El emperador asustado

1. Véase en la *Historia de la Iglesia* por el Abate Darrás esta cuestion tan controvertida.

del gran número de cristianos viendo, que la sangre de los mártires iba á correr á torrentes, se persuadió de que fácilmente conquistaría á los simples fieles, si pudiera seducir y engañar, no importa de que manera, al Soberano Pontífice. Hace, pues, comparecer á Marcelino á su palacio. « Pienso yo, le dice, que tal vez eres tu destinado á cambiar en una fiel amistad el odio que hasta ahora he tenido al nombre cristiano... » S. Marcelino, que estaba viendo cada día su grey diezmada por la persecucion, siguió sin desconfianza al emperador con el vivo deseo de obtener así la paz de la Iglesia. Entraron ambos juntamente en un templo dedicado á la diosa Vesta. Allí el soberano Pontífice dejó caer solamente algunos granos de incienso ¹ en el tripode del ídolo. Aunque él no sacrificase, ni pronunciase palabra alguna de apostasía, y conservase en su corazon la fé intacta y completa, esta marca de condescendencia dada al emperador escandalizó á los fieles. Pero el santo reparó gloriosamente esta flaqueza y pocos dias despues, presentándose por si mismo á Diocleciano, le echó en cara su crueldad, confesó valerosamente el nombre de Jesucristo y recibió la corona del martirio. Ya veis, pues, por este ejemplo y otros muchos que podría citaros, que no basta creer de corazon, sino que en ciertas circunstancias es además necesario dar signos exteriores de su fé, bajo culpa de ser ocasion de escándalo al prójimo... Debemos, pues, confesar nuestra fé delante de Dios y de los hombres.

Segunda parte. — ¿ Y nosotros tambien, aunque simples fieles, estamos obligados, á confesar nuestra fé delante de Dios y de los

1. El hecho atribuido á S. Marcelino de haber ofrecido, aunque simuladamente, incienso á los ídolos y que tanto tiempo sirvió de arma de combate á los adversarios de la infalibilidad Pontificia, depurado en el crisol de la sana crítica histórica, ha resultado ser una patraña y una calumnia, imputada al santo Pontífice por la lengua mordaz de sus rígidos acusadores que, llevados de un falso celo, miraban de mal ojo la fácil indulgencia, con que el misericordioso Vicario de Jesucristo acogía á los *lapsos* en la idolatría. Sin duda el autor, al traer á colacion este hecho, no había visto los rezos revisados y rectificadlos por órden de Nuestro sapientísimo Padre el Papa Leon XIII. N. det T.

hombres?... Si, hermanos carisimos, y sobre todo en nuestros días, en que la impiedad levanta audazmente la cabeza, y no sé que funesta indiferencia tiende á invadirlo todo, nosotros, los cristianos que tenemos fé, debemos con nuestra conducta, con nuestras palabras, con todas nuestras acciones protestar con toda la energía de nuestra conviccion contra las cobardías y defecciones de que somos testigos. « El testimonio de amor mas meritorio y heroico que nuestro adorable Salvador recibió en el curso de su Pasion, fué sin duda alguna el de la santa Verónica... Ved al adorable Jesús, cargado con su cruz, aquella turba que le acompaña, le rodea y le cubre de mofas, de insultos, de maldiciones y de golpes ; ! Corre, mujer piadosa, ven á echarte á sus piés!... Intrépida ella se adelanta ; ; Qué le importan los sarcasmos é injurias ! Ella enjuga la angusta cara de sus Jesús... ; Ella le adora, cuando todos le menosprecian y ultrajan ! ; Vaya ! ; Eso es valor, eso es fé !... » Vosotros, los impíos, no creéis en nada, y yo creo en todas las verdades que enseña la santa Iglesia ; vosotros no venís nunca á los oficios divinos, y yo asisto á ellos regularmente : vosotros os sacais mofa de la confesion y de la Eucaristía ; venid, pues, por la Pascua, venid á la misa del gallo y me veréis arrodillado á la sagrada Mesa, para recibir y adorar á mi Dios. » Ved ahí como convendría hablar y obrar.

Pero ; ay ! qué raro es este valor, y cuántos son los cristianos que disimulan cobardemente la fé, que vive en sus corazones !.. No pretendo hacer política, pero una reflexion me impresiona y voy á comunicárosla... Observad como en día de elecciones, sobre todo en nuestras grandes ciudades, los hombres de desórden se unen y votan como un solo hombre, mientras que los buenos ciudadanos, descuidados é indiferentes, se abstienen ó dispersan sus votos... Lo mismo sucede, cuanto se trata de la fé ; los incrédulos, los impíos, que las mas de las veces son hombres de poco fuste, ó mujeres de mala fama, levantan la voz ; ; y nosotros, los cristianos tímidos y apocados, aunque mas honrados y numerosos, parece que les tememos y que nos avergonzamos ante ellos de nuestra Fé !..

Veamos, pues, en pocas palabras, á que esta Fé nos obliga y como debemos confesarla delante de Dios y de los hombres.

Delante de Dios... Siendo la Fé, como hemos dicho, un acto de adoracion, de sumision de nuestra inteligencia á Dios, como Verdad eterna, es claro que debemos darle testimonios de esta sumision. Cumpliréis este deber, rezando todos los dias con atencion el Símbolo de los Apóstoles. Y si deseais dar al soberano Dueño un testimonio, en cierta manera, mas concienzudo y explicito de vuestra Fé, no falteis en rezar con frecuencia el acto de fé que comienza por estas palabras: *Dios mío, creo firmemente*, etc. Cada vez que lo digais, podréis ganar las indulgencias que los Soberanos Pontífices han concedido á esta devocion; lo que prueba cuanto desea la Iglesia que sepamos y repitamos á menudo esta fórmula de fé que aprendimos en el Catecismo...

Hay todavía dos circunstancias, en que estamos obligados á protestar delante de Dios que tenemos fé y que queremos permanecer fieles. La primera es, cuando nos sobrevienen dudas contra las verdades de nuestra santa religion. Entonces debemos recordar que estamos bajo la mirada de Dios y protestar, que queremos permanecer siendo sus discípulos y continuar en ser siempre hijos sumisos de la santa Iglesia... La segunda circunstancia es el momento de la muerte. La muerte es el tránsito misterioso, por el cual pasamos de esta vida á la morada de nuestra eternidad. Es la muerte el instante decisivo, el momento, en que Satanás redobla sus esfuerzos. Entonces, pues, con los labios pegados al crucifijo, debemos decir y repetir á menudo: « ¡ Dios mío, creo firmemente en vuestra grandeza infinita, en vuestro amor, en vuestra misericordia. » Si se vió á S. Martin y se ha visto á tantos otros santos atormentados en el trance de la muerte por los demonios, ¿ quién de nosotros osará asegurar que en este instante supremo estará al abrigo de los ataques de estos espíritus infernales?... Entonces, pues, es necesario, que nos armemos del escudo de la fé...

Para conservar la fé, para cumplir los deberes que la misma nos impone, estamos tambien obligados á confesarla y afirmarla delante de los hombres. Sin duda no estamos obligados á discutir

sin cesar con los impíos; casi siempre el silencio y el desprecio son la mejor respuesta que un simple fiel debe hacer á sus necias objeciones... Para no provocar palabras impías ó blasfemias, puede uno abstenerse de hacer la señal de la cruz, de dar la bendicion de la mesa y de hacer ciertos actos exteriores que tienen menos importancia; todavía en estas circunstancias débese elevar el alma á Dios y prostertar, que creemos interiormente en nuestro corazon.

¿ Tengo acaso necesidad de añadir, que si se tratase de una persecucion abierta, sería para todos nosotros un deber el confesar, aun con peligro de nuestra vida, la fé delante de los hombres? En este caso el menor disimulo sería culpable y vendría á ser una verdadera apostasia, es decir, la abdicacion ó negacion de la fé. Escuchad lo que pasaba en tiempo de S. Cipriano... Una persecucion horrible se cebaba contra los cristianos... Algunos fieles ricos enviaban sus esclavos, que se presentaban en nombre suyo á los tribunales y negaban la fé; otros daban una suma de dinero y se les remitía un billete que atestiguaba, que habian sacrificado á los ídolos... Ellos creían, que por estos medios ú otros semejantes habian confesado suficientemente su fé. — Vosotros sois unos apóstatas, les decía S. Cipriano. — No, padre, respondia el uno, pues yo ni siquiera he sido interrogado, y mi esclavo ha sido tomado por mí. — Se le ha tomado por vos, porque vos le habeis enviado, para negar en vuestro nombre; sois, pues, un apóstata, continuaba el santo, y os excluyo de la comunión de la Iglesia. — Yo, al menos, proseguía otro, no me he hecho representar por ningun esclavo; he entregado un poco de dinero y se me ha remitido un billete, en que se hace constar que he cumplido los decretos del emperador y que he sacrificado á los ídolos; pero yo nada he hecho de contrario á mis creencias; sólomente he querido salvar mi vida con un poco de dinero. Pues sois un cobarde y os excomulgo, respondía el santo obispo; no era el dinero lo que Jesús, vuestro Salvador, os reclamaba, sino la confesion de vuestra Fé, la afirmacion de vuestras creencias¹.

1. Véanse las cartas y obras de S. Cipriano y en particular su Libro De Lapsis.

PERORACION. — ¡ Cuántas cosas me quedan aun que explicaros sobre este interesante asunto! ya volverémos á hablar de él... Concluyamos diciendo, que, para rendir á Dios la adoracion de la Fé, estamos obligados no solamente á prestar el asenso de nuestro espíritu á las verdades por El reveladas, sino que tambien es menester, que nuestra boca las confiese y nuestra conducta las proclame... Yo añadiré, que debemos ofrecer a Dios signos de nuestra conviccion interior, haciendo frecuentemente actos de fé, resistiendo con energía á las dudas que pueden suscitarse en nuestro espíritu; y que sobre todo en el momento de la muerte debemos unir con Dios nuestra alma por un asenso completo á las verdades por El reveladas... En cuanto á confesar nuestra fé delante de los hombres, Jesucristo ha pronunciado á este objeto una expresion enérgica; medítadla un instante. Há dicho pues: « A los que me confesáreis delante de los hombres, yo os reconoceré por discipulos míos delante de Dios; pero si os avergonzáreis de Mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de vosotros delante de mi Padre y os diré: Apartaos, no os conozco... »

Hermanos carísimos; ¿ en qué lado nos encontraremos nosotros? ¿ Entre los que reconocerá el divino Salvador, ó entre los que, teniendo la fé apagada, se habrán avergonzado de El?... No lo sé... Pero mientras teneis tiempo para escoger, os conjuro á que escojais y escojais bien... Asi séa.

SEXTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

CUARTA INSTRUCCION.

OBLIGACIONES PARTICULARES IMPUESTAS POR LA FÉ: 1º A LOS SUPERIORES; 2º A CADA CRISTIANO SEGUN SU CONDICION.

TEXTO. — *Fides tua te salvam fecit.* Tu Fé te ha salvado.

(S. Mateo c. ix, v. 22.)

EXORDIO. — Hermanos carísimos, cuando leemos el Evangelio, despues de la inmensa bondad é infinita misericordia de nuestro adorable Salvador, lo que nos llama mas la atencion es el mérito, el valor que Él atribuye á la Fé. La mayor parte de los milagros que Él hace, son una recompensa que el mismo Señor concede á la fé de los que le han implorado. « ¡ Hijo de David, curadme! » grita un ciego. — ¿ Crees tu, que yo puedo volverte la vista? — ¡ Si, Señor, vos lo podeis! — ¡ Sé, pues, curado; — Y al instante los ojos del ciego fueron abiertos... Aqui le presentan un paralítico. No pudiendo llegar cerca de Jesús, á causa de la multitud que le rodea, los amigos, los parientes del enfermo han escogitado un medio, para llegar hasta Él. Practican una abertura en el tejado de la casa y logran hacer bajar y depositar al pobre enfermo á los piés del Médico divino, el cual recompensa su fé por medio de un milagro. Otra vez una enferma, aquejada desde largo tiempo de penosa enfermedad, toca con fé el ruedo de su vestidura; el Señor se vuelve; echa sobre la enferma una mirada de ternura y la dice: « Ten confianza, hija mía, tu fé te ha salvado... »

Ante Él no hay acepcion de personas, de condicion, de nacionalidad... La Fé, ved ahí lo que Él reclama, lo que alaba, lo que escucha. No en vano le invoca un oficial pagano, un centurion,